

www.puntodelectura.com

CHARLAINE HARRIS

# Muerto hasta el anocheecer

*Traducción de Laura Jambrina Alonso*

punto de lectura



Título: Muerto hasta el anochecer  
Título original: *Dead Until Dark*  
© 2001, Charlaine Harris  
Traducción: Laura Jambrina Alonso  
© De esta edición:  
2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)  
Teléfono 91 744 90 60  
[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2282-9  
Depósito legal: B-6.375-2009  
Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Cover Art © 2008 Home Box Office, Inc. All Rights Reserved.  
HBO®, Six Feet Under® and True BloodSM are service marks  
of Home Box Office, Inc.

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Con mi sincero aprecio y agradecimiento  
a las personas que pensaron que este libro  
era una buena idea:*

*Dean James, Toni L. P. Kelner*

*y*

*Gary y Susan Nowlin*



# 1

Cuando el vampiro entró en el bar, yo llevaba años esperándolo.

Desde que los vampiros habían comenzado a salir del ataúd —como irónicamente se suele decir— dos años atrás, yo había estado esperando a que alguno viniese a Bon Temps. Ya teníamos al resto de minorías en nuestro pequeño pueblo, así que, ¿por qué no la última, la de los oficialmente reconocidos no muertos? Pero, al parecer, el rural norte de Luisiana no les resultaba tentador a los vampiros; Nueva Orleans, sin embargo, era un centro neurálgico para ellos: cosas del efecto Anne Rice, supongo.

No se tarda mucho en conducir desde Bon Temps hasta Nueva Orleans, y toda la gente que venía por el bar decía que allí tirabas una piedra a cualquier esquina y dabas con un vampiro... aunque era mejor no intentarlo.

Pero yo estaba esperando a «mi» vampiro.

No se puede decir que salga mucho. Y no es porque no sea guapa, que lo soy. Tengo veinticinco años, soy rubia y tengo los ojos azules; además de unas buenas piernas, pecho abundante y cintura de avispa. Me sienta muy bien el uniforme de verano que Sam escogió para las

camareras: short negro, camiseta y calcetines blancos, y unas Nike negras.

Pero tengo una tara. Así es como yo lo llamo.

Los clientes dicen, sencillamente, que estoy loca.

De cualquier manera, el resultado es que casi nunca tengo una cita; por lo que cualquier pequeño detalle cuenta mucho para mí.

Y él se fue a sentar en una de mis mesas. El vampiro.

Supe inmediatamente que lo era. Me sorprendió que nadie más se girase para mirarlo. ¡No lo distinguían! Su piel tenía un ligero brillo, para mí estaba claro.

Podría haberme puesto a bailar de alegría; de hecho, di algún que otro paso allí mismo, junto a la barra. Sam Merlotte, mi jefe, apartó la vista de la bebida que estaba preparando y me sonrió levemente. Yo cogí la bandeja y el bloc, y me dirigí a la mesa del vampiro, rezando para que mi pintalabios no se hubiese difuminado y mi coleta estuviera aún en su sitio. Soy un poco nerviosa, y sentía que una sonrisa forzaba las comisuras de mis labios hacia arriba.

Él parecía estar completamente abstraído, lo que me brindó la oportunidad de echarle un buen vistazo antes de que levantara la mirada. Calculé que medía algo menos de metro ochenta. Tenía el pelo castaño, bien tupido, peinado hacia atrás. Le llegaba hasta el cuello y sus largas patillas resultaban, en cierto modo, anticuadas. Pálido, por supuesto; bueno, es que estaba muerto, si hacemos caso a la leyenda. Según la versión políticamente correcta, la que los propios vampiros respaldan en público, este chico era víctima de un virus que le había dejado aparentemente muerto durante un par de días y, desde entonces, alérgico a la luz del sol, a la plata y al ajo. Los pormenores

dependían del periódico que leyese: todos estaban repletos de información sobre vampiros en aquel momento.

En cualquier caso, tenía unos labios preciosos, bien definidos, y cejas oscuras y arqueadas. Su nariz surgía justo de entre esos arcos, como la de los príncipes de los mosaicos bizantinos. Cuando por fin me miró, descubrí que sus ojos eran aún más oscuros que su pelo; la parte blanca, casi nívea.

—¿Qué va a ser? —le pregunté, más feliz de lo que puedo describir. Él alzó las cejas.

—¿Tenéis sangre sintética embotellada? —preguntó.

—No, ¡lo siento mucho! Sam la ha encargado, debería llegar la próxima semana.

—Pues entonces vino tinto, por favor —dijo con una voz fresca y clara, como el sonido de un arroyo sobre cantos rodados. Me reí en voz alta, era demasiado perfecto.

—Ni caso a Sookie. No está bien de la cabeza —dijo una voz familiar desde el reservado que había junto a la pared. Toda mi alegría se desvaneció, aunque aún sentía los labios forzando una sonrisa. El vampiro me miraba fijamente, mientras la vida abandonaba poco a poco mi cara.

—Ahora mismo traigo el vino —dije, y me alejé a toda prisa, sin detenerme a mirar siquiera la cara de satisfacción de Mack Rattray. Iba al bar casi todas las noches; él y su mujer, Denise. Yo los llamaba los Ratas. Habían hecho todo lo posible por amargarme la vida desde que se habían mudado a una caravana de alquiler en Four Tracks Corner. Todo ese tiempo había albergado la esperanza de que se largaran tan repentinamente como habían aparecido.

La primera vez que entraron en el Merlotte's, escuché sus pensamientos sin ninguna consideración. Ya sé

que dice muy poco de mí, pero es que yo me aburro como todo el mundo, y aunque me paso la mayor parte del tiempo bloqueando los pensamientos ajenos que se cuelan en mi mente, a veces caigo en la tentación. Así que me enteré de ciertos asuntos de los Rattray que probablemente nadie más conocía. Para empezar, habían estado en la cárcel, aunque no sabía por qué. Además, pude leer las sucias fantasías con que Mack se había deleitado a costa de una servidora. Y luego oí en la mente de Denise que había abandonado a su bebé dos años antes; no era de Mack.

Y encima no dejaban propina.

Sam sirvió un vaso de tinto de la casa y lo puso en mi bandeja sin perder de vista la mesa del vampiro.

Cuando Sam me miró de nuevo, tuve claro que él también se había dado cuenta de que nuestro nuevo cliente era un no muerto. Los ojos de Sam son del mismo azul que los de Paul Newman, a diferencia del indefinido azul grisáceo de los míos. Sam también es rubio pero tiene el pelo hirsuto y de un tono ligeramente rojizo. Siempre está algo moreno y, aunque vestido parece poca cosa, le he visto descargar camiones con el pecho descubierto y tiene mucha fuerza en el torso. Nunca escucho sus pensamientos; es mi jefe, y ya he tenido que dejar demasiados trabajos por descubrir cosas que no quería sobre mis otros jefes.

Sam no dijo nada, se limitó a darme el vino. Comprobé que la copa estaba bien limpia y regresé a la mesa del vampiro.

—Su vino —dije ceremoniosamente, antes de colocarlo con sumo cuidado justo delante de él. Me miró otra vez y yo aproveché para contemplar sus hermosos ojos cuanto pude—. Buen provecho —añadí, encantada.

—¡Eh, Sookie! ¡Otra jarra de cerveza por aquí! —me gritó Mack Rattray desde atrás.

Suspiré y me volví para coger la jarra vacía de la mesa de los Ratas. Me fijé en que Denise estaba en plena forma esa noche: llevaba un top que dejaba los hombros al aire y un short muy corto; su mata de pelo castaño, en una despreocupada maraña a la última. No es que fuera muy guapa, pero era tan llamativa y segura de sí misma que costaba un rato darse cuenta de ello.

Un poco más tarde observé, para mi disgusto, que los Rattray se habían trasladado a la mesa del vampiro y estaban hablando con él. No participaba mucho en la conversación, pero tampoco se marchaba.

—¡Hay que ver! —le comenté mosqueada a Arlene, mi compañera. Arlene es pelirroja, pecosa y diez años mayor que yo. Ha estado casada cuatro veces y tiene dos hijos, aunque algunas veces creo que me considera el tercero.

—Uno nuevo, ¿eh? —respondió con escaso interés. Arlene sale ahora con Rene Lenier y, aunque no veo que se sienta muy atraída por él, parece satisfecha. Creo que Rene fue su segundo marido.

—Es un vampiro —añadí, incapaz de reprimir mi entusiasmo.

—¿Ah, sí? ¿Aquí? Bueno, si lo piensas —dijo, sonriendo un poco para no herir mis sentimientos— no debe de ser muy listo, cielo. Si no, no estaría con los Ratas. Por otra parte, la verdad es que Denise está dedicándole todo un espectáculo.

No me di cuenta hasta que Arlene lo dejó claro. Se le da mucho mejor que a mí valorar situaciones con tensión sexual, sin duda gracias a su experiencia y a mi falta de ella.

El vampiro tenía hambre. Siempre había oído que la sangre sintética desarrollada por los japoneses conseguía mantener a los vampiros nutridos, pero apenas satisfacía su apetito, razón por la que de vez en cuando se producían «desafortunados incidentes» —ése era el eufemismo vampírico para referirse al sangriento asesinato de un ser humano—. Y ahí estaba Denise Rattray, acariciándose la garganta, inclinando el cuello a un lado y a otro... ¡Menuda zorra!

Mi hermano Jason entró en el bar y se acercó a darme un abrazo. Sabe que a las mujeres les gustan los hombres cariñosos con su familia y amables con los discapacitados, por lo que abrazarme le reporta doble beneficio. No es que Jason necesite ganar muchos más puntos de los que ya tiene por sí mismo. Es atractivo. También puede ser muy desagradable cuando quiere, pero a la mayor parte de las mujeres no parece importarles mucho este detalle.

—¡Eh, hermanita! ¿Cómo está la abuela?

—Tirando, como siempre. Pásate a verla.

—Ya iré. ¿Quién está libre esta noche?

—Mira a ver —en cuanto Jason empezó a mirar alrededor se organizó un revuelo de manos femeninas en cabellos, blusas y labios.

—¡Vaya, por ahí está DeeAnne! ¿Está acompañada?

—Está con un camionero de Hammond, que acaba de ir al baño. Cuidado.

Jason me sonrió y me extrañé una vez más de que otras mujeres no pudieran ver el egoísmo que encerraba esa sonrisa. Hasta Arlene se remitió la camiseta cuando Jason entró, y eso que tras cuatro maridos ya debería saber

evaluar mejor a los hombres. La otra camarera con la que trabajaba, Dawn, sacudió su melena y se enderezó para que se le marcaran más las tetas. Jason le dedicó un gesto afable y ella le miró con fingido desprecio. Habían acabado fatal pero ella aún hacía todo lo posible por llamar su atención.

Estaba muy ocupada —todo el mundo se pasaba en algún momento de la noche del sábado por el Merlotte's—, así que le perdí la pista al vampiro durante un buen rato. La siguiente vez que pude fijarme en él estaba hablando con Denise. Mack le miraba con una expresión tan ávida que me preocupé.

Me acerqué a la mesa, mirando fijamente a Mack. Incapaz de controlarme durante un segundo más, bajé la guardia y escuché: Mack y Denise habían estado en la cárcel por «drenaje» de vampiros.

Aunque horrorizada, conseguí llevar, como un autó-mata, una jarra de cerveza y unos vasos hasta una ruidosa mesa de cuatro. Se decía que la sangre de vampiro genuina y sin diluir aliviaba de forma temporal los síntomas de cualquier enfermedad y aumentaba la potencia sexual —como un todo en uno de cortisona y Viagra—, por lo que se había desarrollado un inmenso mercado negro en torno a ella. Y donde hay mercado, siempre hay proveedores; en este caso, la repugnante pareja formada por los Ratas. Según pude averiguar, ya habían atrapado y drenado vampiros en el pasado para vender pequeños viales de sangre a doscientos dólares la unidad. Llevaba un par de años siendo la droga de moda, y a pesar de que algunos consumidores habían perdido la razón tras beber la sangre en estado puro, nada frenaba el mercado.

Un vampiro drenado no duraba mucho por término medio. Empalados o abandonados al aire libre, a los vampiros sólo les quedaba esperar a que amaneciera para convertirse en inopinados protagonistas de *Se ha escrito un crimen*. De vez en cuando, los periódicos mencionaban casos en que se habían vuelto las tornas y eran los drenadores los que acababan desangrados.

Mi vampiro se levantó y caminó hacia la salida en compañía de los Ratas. Mack reparó en mi expresión y, tras mirarme con aire perplejo, se encogió de hombros y me dio la espalda; lo mismo que todo el mundo.

Esto me enfureció. Estaba fuera de mí.

¿Qué podía hacer? Allí estaba yo, luchando conmigo misma y ellos ya habían salido. ¿Me creería el vampiro si corriera tras él y se lo dijese? Nadie lo hacía. Y de hacerlo, enseguida les inspiraba odio y temor por ser capaz de leer lo que ocultaban sus mentes. Una noche en que su cuarto marido vino a recogerla, Arlene me suplicó que comprobara si él pensaba abandonarla, pero no lo hice porque quería conservar a la única amiga que tenía. Y ni siquiera ella se había atrevido a pedírmelo directamente porque eso supondría admitir que tengo este don, o mejor dicho, esta maldición. La gente no puede asumirlo; necesitan pensar que estoy loca. ¡Y a veces no les falta razón!

Me debatía entre confusa, asustada y molesta. Pero esa mirada de Mack —como si yo fuera una criatura insignificante— me hizo reaccionar. Sabía que tenía que hacer algo.

Crucé el bar hasta donde Jason tenía a DeeAnne completamente entregada. No es que eso sea muy difícil, según dicen por ahí. El camionero de Hammond estaba que echaba chispas justo al lado.

—Jason —llamé, apremiante. Se volvió con una mirada de advertencia—. Oye, ¿sigues teniendo aquella cadena en la caja de la camioneta?

—Nunca salgo de casa sin ella —contestó sin muchas ganas. Escrutó mi rostro detenidamente— ¿Te vas a pelear, Sookie?

Forcé una sonrisa. Estaba tan acostumbrada a hacerlo que resultó fácil.

—Pues espero que no —dije, intentando parecer despreocupada.

—Eh, ¿necesitas ayuda? —al fin y al cabo, era mi hermano.

—No, gracias —contesté, con tono tranquilizador. Y luego me dirigí a Arlene—. Oye, tengo que salir un poco antes, ¿te importa sustituirme? No hay mucho jaleo —nunca pensé que llegaría a pedirle tal cosa, y eso que yo había cubierto su turno muchas veces. Ella también me ofreció ayuda—. No pasa nada —le dije—, volveré antes de cerrar, si puedo. Si haces mi zona, te limpio la caravana.

Arlene asintió encantada. Yo señalé la puerta de servicio a mí misma e hice un gesto de caminar con los dedos, para que Sam supiera adónde iba. No parecía muy contento.

Salí por la puerta de atrás y anduve con cuidado para no hacer ruido al pisar la gravilla. El aparcamiento de los empleados estaba detrás del bar y se llegaba a él por una puerta que salía del almacén. Ahí estaban los coches de Arlene, de Dawn, del cocinero, y el mío. A mi derecha, que quedaba al este, estaba la camioneta de Sam, justo delante de su caravana.

Pasé a la superficie asfaltada donde estaba el aparcamiento —bastante más grande— reservado a los clientes, al oeste del bar. El Merlotte's se encontraba en un claro completamente rodeado de bosque y las lindes de la explanada eran de grava. Sam mantenía el lugar bien iluminado por medio de altas farolas, lo que provocaba un extraño efecto algo surrealista.

Descubrí el abollado deportivo de los Ratas, no podían estar muy lejos. Al fin encontré la camioneta de Jason: negra, con remolinos rosa y turquesa pintados a cada lado. Desde luego, le encantaba llamar la atención. Me metí por la puerta trasera y rebusqué hasta encontrar la cadena, una serie de eslabones gruesos que llevaba por si había pelea. La enrollé y me la pegué al cuerpo para evitar el tintineo.

Me paré un instante a pensar. El único sitio un poco apartado al que los Rattray podían haber atraído al vampiro era el margen del aparcamiento; allí los árboles casi cubrían los coches. Me arrastré en esa dirección, tratando de moverme con rapidez y sin que me vieran.

Paraba cada poco a escuchar. Pronto oí un gemido y un débil murmullo. Me deslicé entre los coches y los avisaté justo donde pensaba que estarían. El vampiro yacía boca arriba, con el rostro contraído de dolor. Un brillo de cadenas cruzaba sus muñecas y se extendía hasta sus tobillos. Plata. En el suelo ya había dos frasquitos de sangre junto a los pies de Denise y, mientras yo miraba, ella ajustó un nuevo tubo a la aguja. Sobre el codo del vampiro habían colocado un torniquete que se hundía salvajemente en su piel.

Estaban de espaldas a mí y el vampiro aún no me había visto. Aflojé la cadena hasta soltar un metro y medio.

¿A quién atacar primero? Los dos eran pequeños y peligrosos.

Recordé los desprecios a que me sometía Mack, y el hecho de que nunca dejaba propina. Él primero.

Nunca antes me había visto metida en una verdadera pelea. De alguna manera, estaba deseando hacerlo.

Salté desde detrás de una camioneta blandiendo la cadena. Mack cayó de rodillas tras recibir un fuerte golpe en la espalda. Lanzó un grito y se incorporó de un salto. Denise me miró de reojo y se dispuso a insertar el tercer tubo de extracción. Mack llevó la mano a su bota y sacó algo brillante. Tragué saliva. Era una navaja.

—Oh, oh —dije, sarcástica.

—¡Loca de mierda! —rugió. Parecía tener muchas ganas de usar la navaja. Yo estaba demasiado involucrada como para mantener mi barrera mental, así que tuve una imagen bastante clara de lo que se proponía hacer conmigo. Me sacó de mis casillas. Fui hacia él con el firme propósito de hacerle tanto daño como pudiera. Pero él ya estaba preparado para atacar y se abalanzó sobre mí mientras yo hacía girar la cadena. Intentó clavarle la navaja en el brazo y falló por los pelos. La cadena, al retroceder, se enredó en su fino cuello con la voluptuosidad de una amante. El grito triunfal de Mack se convirtió en un ahogado jadeo. Soltó la navaja y aferró los eslabones con ambas manos. Al quedarse sin aire, se tiró sobre el duro pavimento, arrancándome la cadena de las manos.

Bueno, hasta aquí llegó la cadena de Jason. Me agaché para coger la navaja de Mack, y la agarré como si supiera lo que estaba haciendo. Denise había avanzado hacia mí.

Bajo las sombras proyectadas por las luces de seguridad, parecía una hechicera sureña.

Se detuvo en seco cuando vio que yo tenía la navaja. Maldijo, completamente trastornada, y de su boca salió una letanía de palabras terribles. Esperé a que terminara y entonces dije:

—Largaos. Ya.

Denise me lanzó una mirada cargada de odio. Intentó hacerse con los frascos de sangre, pero se lo impedí, así que ayudó a Mack a ponerse en pie. Él aún respiraba con dificultad y seguía agarrado a la cadena. Denise prácticamente lo arrastró hasta el coche y lo metió a empujones en el asiento del copiloto. Luego, sacó unas llaves del bolsillo y ocupó el asiento del conductor.

Mientras escuchaba el sonido del motor, me di cuenta de que los Ratas ahora tenían otra arma. Más rápido de lo que me he movido en toda mi vida, corrí hasta el vampiro y le dije casi sin aliento:

—¡Impúlsate con los pies!

Lo cogí por debajo de los brazos y tiré de él con todas mis fuerzas. Entre los dos, conseguimos llegar a la linde del bosque, justo cuando el coche se abalanzaba rugiendo hacia nosotros. Denise no nos alcanzó por algo menos de un metro, y eso porque tuvo que girar para no chocar con un pino. Poco a poco, el sonido del potente motor se fue perdiendo en la distancia.

—¡Puff! —exclamé, y me arrodillé junto al vampiro porque mis piernas no me sostenían más. Respiré profundamente durante un minuto, tratando de recuperarme. El vampiro se agitó levemente y me volví para mirarlo. Descubrí horrorizada que le salían pequeñas columnas de humo de las muñecas, justo donde la plata rozaba su piel.

—Pobrecillo —dije, furiosa por no haberle prestado atención enseguida. Aún sin aliento, comencé a desatar las finas hebras de plata que parecían formar parte de una larguísima cadena—. Mi pobre niño —susurré, sin reparar hasta más tarde en lo incongruente que aquello sonaba. Tengo manos ágiles y fui capaz de liberarle con bastante rapidez. Me preguntaba cómo habrían sido capaces de distraerlo para poder atarlo, y noté que me sonrojaba al imaginármelo.

El vampiro cobijó las manos en su pecho mientras yo intentaba desatarle las piernas. Sus tobillos se encontraban en mejor estado porque los drenadores no habían conseguido subirle las patas del pantalón, y la plata no había entrado en contacto directo con la piel.

—Siento no haber llegado antes —me disculpé—. Te encontrarás mejor enseguida, ¿verdad? ¿Quieres que me marche?

—No —eso me hizo sentir genial; hasta que añadió—: Podrían volver, y aún no puedo defenderme —su respiración era irregular pero no se puede decir que estuviera extenuado.

Puse cara de pocos amigos y, mientras se recuperaba, decidí extremar las precauciones. Me senté de espaldas a él para proporcionarle cierta intimidad. Sé lo desagradable que es que te miren cuando lo estás pasando mal. Me agaché buscando un ángulo para poder vigilar el aparcamiento. Varios coches se fueron y otros llegaron, pero ninguno se acercó al lugar en que estábamos. Una ligera corriente de aire fue suficiente para saber que el vampiro se había incorporado.

No dijo nada. Volví la cabeza para mirarlo. Estaba más cerca de lo que había pensado. Sus enormes ojos

oscuros estaban clavados en los míos. Los colmillos se habían retraído; eso me decepcionó un poco.

—Gracias —dijo con frialdad.

Conque no le hacía mucha ilusión que una mujer lo hubiera rescatado. Típico en un hombre.

Como estaba siendo tan desagradable me entraron ganas de corresponderle, así que dejé que mi mente escuchara con total libertad. Y lo que oí fue nada.

—Oh —dije, notando el tono de sorpresa en mi voz, casi sin saber lo que decía—. No puedo «oírte».

—Gracias —repitió el vampiro silabeando.

—No, no... Puedo oírte hablar, pero... —completamente aturdida, hice algo que de otro modo jamás habría hecho porque resulta agresivo, no está bien, y además pone al descubierto mi tara. Me volví por completo hacia él, puse las manos a ambos lados de su cara y le miré fijamente. Me concentré todo lo que pude. *Nada*. Era como estar condenada a escuchar la radio todo el rato, emisoras que jamás sintonizaría, y de repente dar con una frecuencia que no se recibe.

Estaba en el cielo.

Me miraba con ojos cada vez más abiertos, cada vez más oscuros, pero seguía muy quieto.

—Oh, perdona —dije, avergonzada. Retiré las manos y volví la vista al aparcamiento. Empecé a balbucear algo sobre Mack y Denise, sin dejar de pensar ni por un instante en lo maravilloso que sería pasar el tiempo con alguien a quien no pudiera oír a menos que decidiera hablar en alto. ¡Qué hermoso era su silencio!— ... Así que pensé que debía salir a ver qué tal estabas —concluí; no tenía ni idea de qué había estado diciendo.

—Saliste a rescatarme. Has sido muy valiente —dijo, con una voz tan seductora que hubiera hecho que a Dee-Anne se le cayeran las bragas de puro placer.

—Déjalo —le corté, volviendo a la realidad bruscamente.

Se quedó atónito durante todo un segundo. Luego su cara recuperó su delicada blancura.

—¿No te da miedo estar aquí sola con un vampiro hambriento? —preguntó. Había algo paternalista, y a la vez peligroso, en el tono de sus palabras.

—No.

—¿Piensas que por haberme ayudado estás completamente a salvo a mi lado? ¿Que después de todos estos años aún albergo un resquicio de humanidad? Los vampiros suelen volverse contra las personas que confían en ellos. No tenemos sentimientos, ya lo sabes.

—Muchos humanos se vuelven contra la gente que los quiere —señalé. Suelo ser práctica—: No soy imbécil —estiré el brazo y le mostré el cuello. Mientras él se recuperaba, había enrollado las tiras de plata alrededor.

Se estremeció.

—Pero tienes una apetitosa arteria en la ingle —dijo tras una pausa, con una voz sinuosa como la de una serpiente.

—No digas guarradas —contesté—, por ahí no paso.

Una vez más nos miramos en silencio. Tenía miedo de no volverle a ver; al fin y al cabo, su primera visita al Merlotte's no había sido lo que se dice un éxito. Intenté retener cada detalle, sabía que iba a atesorar este momento para revivirlo durante mucho, mucho tiempo. Era algo singular, una especie de premio. Quería rozarle la piel de

nuevo. Ya no recordaba su tacto. Pero eso suponía traspasar cualquier norma de educación elemental, además de hacer que él volviese a la carga con todo ese rollo en plan seductor.

—¿Te apetece probar la sangre que me sacaron? —preguntó de improviso—. Sería una forma de mostrarte mi gratitud —señaló los viales desparramados por el suelo—. Se supone que si la bebes, mejorarán tu vida sexual y tu salud.

—Estoy más sana que una manzana —le respondí con sinceridad—, y no tengo vida sexual que mejorar. Haz lo que quieras con ellos.

—Podrías venderlos —sugirió, pero creo que sólo quería ver mi reacción.

—Ni siquiera los tocaría —dije, ofendida.

—Tú eres diferente —dijo—. ¿Qué eres? —por la forma en que me miraba, parecía estar analizando distintas posibilidades. Comprobé con alivio que no podía oír ni una sola.

—Bueno, me llamo Sookie Stackhouse, y soy camarera —le respondí—. Tú, ¿cómo te llamas? —pensé que al menos eso podía preguntárselo sin parecer atrevida.

—Bill —dijo él.

Antes de poder evitarlo, solté una carcajada, muerta de risa.

—Bill, el vampiro —dije—. No sé, pensé que sería Antoine, o Basil ¡o Langford! Pero Bill —hacía mucho que nada me hacía tanta gracia—. Bueno, ya nos veremos, Bill. Tengo que volver al curro —noté que la sonrisa tensa se apoderaba de mi gesto sólo con mencionar el Merlotte's. Me apoyé en el hombro de Bill para levantarme. Era duro

como una roca y cogí tanto impulso que casi me tropiezo. Comprobé que las vueltas de mis calcetines estaban iguales, repasé mi uniforme de arriba abajo en busca de algún rastro de lucha, me sacudí el trasero y, ya cruzando el aparcamiento, me despedí de Bill con un gesto.

Había sido una noche increíble, que dejaba mucho en lo que pensar. Por una vez, estaba casi tan contenta como indicaba mi sonrisa.

Pero Jason iba a cabrearse muchísimo con lo de la cadena.

Aquella noche, después de trabajar, volví en coche a casa, que está sólo a unos seis kilómetros y medio al sur del bar. Para cuando regresé del aparcamiento, Jason ya se había ido (tampoco estaba DeeAnne), y eso había supuesto otra buena noticia. Fui repasando cada detalle de la noche todo el camino a casa de mi abuela, donde yo vivía. Está justo antes de llegar al cementerio de Tall Pines, en una de las salidas de una estrecha carretera comarcal. La edificación data de tiempos del padre de mi tatarabuelo, que, al parecer, consideraba vital proteger su intimidad familiar. Por eso, para llegar al claro en que se levanta la casa hay que dejar la carretera y tomar un camino que atraviesa una zona boscosa.

Desde luego, no se trata de un monumento histórico, ya que, en su mayoría, las partes más antiguas se han ido derribando y reconstruyendo a lo largo de los años. Y por supuesto, está provista de todo tipo de comodidades modernas como electricidad, agua corriente y un buen sistema de aislamiento térmico. Sin embargo, aún conserva un

tejado de estaño que deslumbra bajo el sol. Cuando lo arreglamos, pensé en emplear tejas normales pero mi abuela se negó. Aunque la que pagaba era yo, la casa es de ella; así que, evidentemente, pusimos estaño.

Fuera histórica o no, yo llevaba viviendo en esa casa desde los siete años, y ya antes había ido de visita a menudo, así que le tenía mucho cariño. No era más que un viejo caserón familiar, demasiado grande para la abuela y para mí, supongo. Tenía una amplia fachada blanca flanqueada por un porche cubierto: mi abuela era tradicional hasta la médula. Crucé la espaciosa sala de estar, repleta de muebles maltrechos que se habían dispuesto como mejor nos convino; atravesé el pasillo, y entré en el primer dormitorio a la izquierda, el más grande.

Adele Hale Stackhouse, mi abuela, se encontraba recostada en su alta cama, con un millón de almohadas alrededor de sus finos hombros. Se ponía un camisón de algodón de manga larga incluso en noches tan cálidas como la de aquella primavera. La luz de su mesilla estaba encendida y apoyaba un libro en su regazo.

—Hola —dije.

—Hola, cariño.

Mi abuela es menuda y muy vieja, pero conserva una buena mata de pelo, tan blanco que a veces casi refleja un ligero matiz verdoso. De día, lo peina en un moño bajo, pero por la noche, suele dejarlo suelto o recogido en una trenza. Eché un vistazo a la portada del libro.

—¿Otra vez leyendo a Danielle Steel?

—Ah, esa mujer sí que sabe contar historias —al parecer, lo que más placer proporcionaba a mi abuela era leer libros de Danielle Steel, ver telenovelas, que ella llamaba

«seriales», y asistir a los actos de la multitud de clubes a los que había pertenecido a lo largo de su vida adulta. Sus preferidos eran los Descendientes de los Muertos Gloriosos y la Sociedad Botánica de Bon Temps.

—Adivina qué me ha pasado esta noche —le dije.

—¿Qué? ¿Tuviste una cita?

—No —contesté, tratando de mantener la sonrisa en la boca—. Vino un vampiro al bar.

—Ooh, ¿y tenía colmillos?

Los había visto brillar a la luz de las farolas mientras los Ratas lo drenaban, pero no había ninguna necesidad de contarle todo eso a mi abuela.

—Pues claro, pero estaban retraídos.

—Un vampiro aquí, en Bon Temps —mi abuela no parecía nada contenta con la noticia—. ¿Ha mordido a alguien del bar?

—¡Qué va! Sólo se sentó a tomar una copa de vino tinto. Bueno, la pidió pero no llegó a beberla. Creo que sólo buscaba un poco de compañía.

—Me gustaría saber dónde se aloja.

—No creo que vaya contándolo por ahí.

—No —dijo, pensativa—. Supongo que no. ¿Te gusta?

Ésa sí que era una pregunta difícil. Reflexioné un poco antes de responder.

—No lo sé. Me ha parecido muy interesante —dije, con precaución.

—Me encantaría conocerlo —no me sorprendió en absoluto que mi abuela dijera eso porque le gustaban las novedades casi tanto como a mí. No era una de esas reaccionarias que piensan que todos los vampiros están malditos

por definición—. Pero ahora, a dormir. Estaba esperando que llegaras a casa para apagar la luz.

Me incliné para darle un beso y le di las buenas noches.

Al salir, dejé la puerta entreabierta y la escuché apagar la luz. Mi gata, *Tina*, apareció para frotarse contra mis piernas; la cogí en brazos y la acaricié un rato antes de sacarla para que pasara la noche fuera. Miré el reloj: eran casi las dos de la mañana y mi cama me reclamaba.

Mi habitación estaba justo al otro lado del pasillo. La primera vez que dormí en ella, tras la muerte de mis padres, la abuela había traído todos mis muebles para que me sintiera como en casa. Y ahí estaban todavía: la cama individual, la coqueta de madera blanca y la pequeña cajonera.

Encendí la luz, cerré la puerta y empecé a desvestirme. Me quedaban al menos cinco pares de pantalones negros de tipo short y una infinidad de camisetas blancas, ya que éstas se manchaban con mucha facilidad. Por no hablar de la cantidad de calcetines blancos que se amontonaban en el cajón. No necesitaba hacer la colada esa noche. Y estaba demasiado cansada como para ducharme. Me lavé los dientes y me desmaquillé, me puse un poco de crema hidratante y me quité la cinta de la cabeza.

Me arrastré hasta la cama con mi camiseta de Mickey Mouse, que casi me llegaba a las rodillas. Me tumbé de lado, como siempre, y disfruté del silencio que reinaba en la habitación. Casi todo el mundo «apaga» su cerebro a estas horas de la madrugada. No hay interferencias ni intrusiones que repeler. En semejante estado de calma, sólo tuve tiempo de acordarme de los oscuros ojos del

vampiro antes de caer, exhausta, en los brazos del más profundo de los sueños.

Al día siguiente hacia la hora de comer me encontraba tomando el sol sobre mi tumbona plegable en el jardín de la entrada. Me estaba poniendo morena por segundos. Llevaba puesto mi bikini blanco preferido, que me quedaba menos ceñido que el año anterior, así que estaba más contenta que unas pascuas.

Entonces, escuché el sonido de un motor acercándose por el camino, y la camioneta negra de Jason, con sus motivos rosa y turquesa, se detuvo a menos de un metro de mis pies.

Jason descendió de ella —¿he mencionado que la camioneta luce un tipo de neumáticos enorme?— para acosarme. Llevaba su uniforme de trabajo habitual: camisa y pantalón caqui, y había enganchado su cuchillo de monte al pantalón, como casi todos los trabajadores de carreteras del condado. Por sus andares, deduje que estaba cabreado.

Me puse las gafas de sol.

—¿Por qué no me dijiste que les habías dado una paliza a los Rattray? —mi hermano se dejó caer en la silla de aluminio que había junto a mi tumbona—. ¿Dónde está la abuela? —añadió; demasiado tarde.

—Tendiendo la colada —contesté. Mi abuela usaba la secadora sólo cuando era estrictamente necesario. Le encantaba colgar la ropa mojada al sol. Naturalmente, el tendedero estaba en el jardín trasero, como debe ser—. Está preparando chuletas a la parrilla, con boniatos y judías

verdes de su cosecha, para comer —añadí, consciente de que eso distraería a Jason un rato. No quería que ella escuchase la conversación—. Habla bajo —le advertí.

—Rene Lenier estaba impaciente por contármelo todo esta mañana en el trabajo. Se pasó por la caravana de los Rattray anoche para pillar un poco de hierba y dice que Denise apareció conduciendo como si quisiera atropellar a alguien. Me dijo que lo podría haber matado de lo furiosa que estaba. Tuvieron que meter a Mack en la caravana entre los dos, y luego lo llevaron al hospital de Monroe —Jason me lanzó una mirada acusadora.

—¿Y te ha contado Rene que Mack me atacó con una navaja? —le pregunté, tras decidir que la mejor defensa posible consistía en pasar a la ofensiva. Sabía que el pique de Jason se debía en gran medida al hecho de haberse enterado por otra persona.

—Pues si Denise le dijo algo, no lo ha mencionado —respondió Jason lentamente, y vi que su atractivo rostro enrojecía de furia—. ¿Te atacó con una navaja?

—Y tuve que defenderme —dije, como si resultase obvio—. Se llevó tu cadena —todo era cierto, aunque la información estuviera algo manipulada.

—Fui a decírtelo —continué—, pero cuando llegué ya te habías ido con DeeAnne, y como me encontraba bien, creí que no merecía la pena intentar localizarte. Sabía que te sentirías obligado a ir por él si te contaba lo de la navaja —añadí, con mucha diplomacia. Era la pura verdad, a Jason le encantan las peleas.

—De todas formas, ¿se puede saber que hacías ahí fuera? —me preguntó, aunque ya más relajado. Estaba empezando a asumirlo.

—¿Sabías que, además de vender droga, los Ratas se dedican a drenar vampiros?

—No... ¿y? —mi hermano empezaba a alucinar.

—Pues resulta que uno de mis clientes de anoche era un vampiro y lo estaban dejando seco en el aparcamiento. ¡No podía permitirlo!

—¿Hay un vampiro en Bon Temps?

—Sí. Y aunque no quieras tener a uno de ellos como mejor amigo, no puedes dejar que gentuza como los Ratas lo drene. No es como robar gasolina del depósito de un coche. Además, lo habrían abandonado a su suerte en el bosque —aunque los Ratas no me habían dicho nada de lo que pensaban hacer, eso era lo que yo creía. Incluso si lo dejaban a cubierto para que pudiera sobrevivir a la luz del sol, a un vampiro drenado le costaba como mínimo veinte años recuperarse. Por lo menos, eso es lo que uno de ellos había contado en el programa de Oprah\*. Y eso, sólo si otro vampiro puede encargarse de él.

—¿El vampiro estaba en el bar al mismo tiempo que yo? —preguntó Jason, impresionado.

—Ajá. El tipo de pelo oscuro que estaba con los Ratas.

Jason sonrió al escuchar el mote con el que me refería a los Rattray, pero todavía seguía dándole vueltas a la noche anterior.

—¿Cómo supiste que era un vampiro? —inquirió, pero en cuanto me miró supe que habría preferido morderse la lengua.

\* *The Oprah Winfrey Show* es uno de los *talk shows* (programa de testimonios) de programación diurna más antiguos de los Estados Unidos. Se emite desde 1986. (*N. de la T.*)

—Sencillamente, lo sabía —contesté, sin mostrar ninguna emoción.

—Ya —y mantuvimos toda una silenciosa conversación.

—En Homulka no hay un solo vampiro —terció Jason, pensativo. Echó hacia atrás la cabeza para que le diera el sol, y supe que el peligro ya había pasado.

—Cierto —asentí. Homulka era la población más odiada por los habitantes de Bon Temps. Durante generaciones ambos pueblos habían rivalizado sobre fútbol, baloncesto y relevancia histórica.

—Ni en Roedale —dijo mi abuela desde atrás, dándonos un buen susto. He de reconocer que, cada vez que ve a la abuela, Jason siempre le da un abrazo.

—Abuela, ¿tienes comida suficiente para mí en el horno?

—Para ti, y para dos más como tú —contestó mi abuela mientras le dedicaba una enorme sonrisa. No ignoraba sus fallos, ni los míos, pero aun así lo adoraba—. Everlee Mason acaba de llamar. Me ha estado contando que ayer pasaste la noche con DeeAnne.

—¡Esto es la leche! Aquí no se puede hacer nada sin que se entere todo el mundo —dijo Jason, aunque no parecía estar realmente enfadado.

—Esa tal DeeAnne —le advirtió mi abuela mientras entrábamos en la casa— ha estado embarazada por lo menos una vez, que yo sepa. Ten cuidado, no vaya a ser que te toque estar pagándole una pensión para el resto de tu vida. ¡Claro que ésa sería la única forma de que yo tuviera un bisnieto algún día!

La comida ya estaba servida, así que en cuanto Jason se acomodó, bendijimos la mesa y empezamos a comer.

Jason y mi abuela comenzaron a cotillear —a «ponerse al día», según ellos— sobre la gente de nuestro pequeño pueblo y su parroquia\*. Mi hermano trabajaba para el Estado, como supervisor de mantenimiento de carreteras. A mí me daba la impresión de que su jornada diaria consistía en pasearse por ahí con la camioneta del trabajo, fichar a la salida, y pasarse toda la noche haciendo lo mismo, esta vez con su propia camioneta. Rene pertenecía a uno de los grupos que Jason supervisaba. Habían ido juntos al instituto y solían salir a tomar algo con Hoyt Fortenberry.

—Sookie, me ha tocado cambiar el calentador de casa —dijo Jason, de repente. Vive en nuestra antigua casa, donde habíamos vivido con nuestros padres hasta que murieron en la riada. Después de aquello nos trasladamos a casa de la abuela, pero cuando Jason finalizó sus dos años de formación profesional y empezó a trabajar para el Estado, se mudó a nuestro antiguo hogar, que sobre el papel nos pertenece a los dos.

—¿Te tengo que dar algo? —le pregunté.

—No, ya está.

Los dos ganamos un sueldo pero también contamos con una modesta renta gracias a los beneficios de un fondo que mis padres crearon cuando apareció un pozo de petróleo en una de sus fincas. El pozo se secó a los pocos años, pero mis padres, y después mi abuela, se aseguraron de invertir bien el dinero. Ese colchón económico nos había

\* A diferencia del resto de Estados de los Estados Unidos, Luisiana está dividido en 64 *parishes* (parroquias) equivalentes a condados. (N. de la T.)

ahorrado muchas penurias a Jason y a mí. No logro imaginarme cómo se las habría apañado mi abuela para criarnos de no haber sido por aquel dinero. Ella estaba firmemente decidida a no vender ningún terreno, a pesar de que sus ingresos se reducen casi exclusivamente a la pensión de la Seguridad Social. Ésa es una de las razones por las que no me he independizado. A mi abuela le parece razonable que si vivo con ella, traiga comida a casa; pero jamás aceptaría que hiciera lo mismo y luego me marchase a mi piso. Eso es caridad y la ofende muchísimo.

—¿Y cuál has comprado? —le pregunté a Jason, por pura cortesía. Estaba deseando contármelo; mi hermano es un chiflado de los electrodomésticos y se enfrascó en un relato pormenorizado de comparativas de modelos y precios. Le escuché intentando mostrar toda la atención que pude.

De repente se calló y dijo:

—Oye, Sook, ¿te acuerdas de Maudette Pickens?

—Claro —contesté, sorprendida—. Fuimos juntas a clase.

—Ha aparecido muerta en su apartamento. Alguien la asesinó anoche.

La abuela y yo no dábamos crédito a lo que acabábamos de escuchar.

—¿Cuándo dices que ha sido? —preguntó la abuela, extrañada de no haberse enterado antes.

—La han encontrado esta misma mañana en su dormitorio. Su jefe la había estado llamando porque ayer tampoco fue a trabajar. Como no respondía, fue hasta allí, habló con el portero y entraron en su apartamento. ¿Sabes que DeeAnne vive justo enfrente? —en Bon Temps sólo había un complejo de apartamentos propiamente dicho: un con-

junto de tres edificios de dos plantas dispuestos en forma de U, así que sabía perfectamente a qué lugar se refería.

—¿La mataron allí? —me recorrió un escalofrío. Me acordaba de Maudette perfectamente: mandíbula prominente, culo caído, bonito pelo negro y espalda ancha. Era poco espabilada y no tenía grandes ambiciones. Me parecía recordar que trabajaba en Grabbit Kwik, una especie de área de servicio.

—Sí, calculo que llevaba trabajando allí algo más de un año —confirmó Jason cuando se lo comenté.

—¿Y cómo ha sido? —mi abuela puso esa mirada de «dímelo sin rodeos» con que las buenas personas se enfrentan a las malas noticias.

—Tenía mordiscos de vampiro en eh...; la cara interna de sus muslos —dijo mi hermano, sin levantar la vista del plato—. Pero no fue eso lo que la mató. La estrangularon. Según DeeAnne, cada vez que tenía un par de días libres, Maudette solía pasarse por ese bar de vampiros que hay en Shreveport; eso podría explicar lo de los mordiscos. A lo mejor no tiene nada que ver con el vampiro de Sookie.

—¿Maudette era «colmillera»? —sentí náuseas al imaginarme a la rechoncha y cortita de Maudette ataviada con uno de los extravagantes modelitos negros que se estilan entre los colmilleros.

—¿Qué es eso? —preguntó la abuela. Debió de perderse el monográfico que dedicaron en *Sally-Jessy*\* al fenómeno.

\* *The Sally Jessy Raphael Show* fue el *talk show* más antiguo de la televisión estadounidense. Comenzó a emitirse en 1983. (*N. de la T.*)

—Hombres y mujeres que salen con vampiros; les gusta que los muerdan. Son una especie de *groupies*. A mí me da que no duran mucho porque con tanto mordisco, antes o después les dan uno de más.

—Pero Maudette no murió a causa de un mordisco —mi abuela quería asegurarse de que lo había entendido bien.

—No, la estrangularon —Jason estaba terminando de comer.

—¿No vas siempre a Grabbit a por gasolina? —le pregunté.

—Claro, como un montón de gente.

—¿Y no saliste una temporada con Maudette? —inquirió mi abuela.

—Bueno, es una forma de decirlo —respondió Jason cautelosamente.

Supuse que eso quería decir que se acostaba con ella cuando no había otra cosa.

—Espero que el sheriff no te interrogue —dijo mi abuela sacudiendo la cabeza, como si ese gesto lo hiciera menos probable.

—¿Qué? —Jason enrojeció y se puso a la defensiva.

—A ver, ves a Maudette siempre que vas a por gasolina; sales con ella, por así decirlo; luego, aparece muerta en un bloque de apartamentos por el que se te ha visto —resumí. No era mucho, pero era algo, y los casos de homicidio misterioso eran tan raros en Bon Temps que estaba segura de que removerían cielo y tierra hasta encontrar la solución.

—No soy el único que encaja en ese perfil. Hay un montón de tíos que van a esa gasolinera y todos conocen a Maudette.

—Sí, pero ¿en qué sentido? —le preguntó mi abuela sin andarse con rodeos—. No era prostituta, ¿verdad? Así que seguramente le contara a alguien con quién se veía.

—Claro que no lo era, sólo buscaba pasar un buen rato —fue un detalle por su parte que defendiera a Maudette, teniendo en cuenta lo egoísta que era Jason. Empecé a tener una mejor opinión de mi hermano mayor—. Supongo que se sentía algo sola —añadió.

Jason nos miró y vio que las dos estábamos sorprendidas y conmovidas.

—Hablando de prostitutas —se apresuró a decir—, hay una en Monroe especializada en vampiros. Siempre tiene cerca a un tipo con una estaca por si algún cliente se pasa de listo. Bebe sangre sintética para mantener su caudal sanguíneo.

Aquello era un cambio de tema en toda regla, así que la abuela y yo empezamos a pensar alguna pregunta que hacerle sin caer en cuestiones obscenas.

—¿Cuánto cobrará? —aventuré. Cuando Jason nos dijo la cifra que había oído, nos quedamos las dos boquiabiertas.

Una vez que dejamos atrás el asunto del asesinato de Maudette, la comida prosiguió como siempre: Jason miró la hora y dijo que tenía que marcharse justo cuando tocaba fregar los platos.

Sin embargo, mi abuela siguió dándole vueltas al tema de los vampiros. Más tarde, mientras me estaba maquillando para ir a trabajar, entró en mi habitación.

—¿Cuántos años tendrá el vampiro ese que conoces?

—No tengo ni idea, abuela —me estaba aplicando la máscara de pestañas, abriendo los ojos de par en par

e intentando no parpadear para no darme en el ojo, por lo que mi voz sonó muy rara, como si estuviera haciendo una prueba para una película de miedo.

—¿Crees que podría recordar la Guerra?

No hacía falta preguntarle a qué guerra se refería. Después de todo, mi abuela era socia fundadora de los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

—Puede ser —dije, girando la cabeza a ambos lados para asegurarme de que el maquillaje estaba uniforme.

—¿Crees que vendría a dar una charla? Podríamos organizar una sesión extraordinaria.

—Por la noche —le recordé.

—Ah, claro. Es verdad —los Descendientes solían reunirse a mediodía en la biblioteca y siempre traían su propio almuerzo.

Pensé en ello. Sería muy grosero dejarle caer al vampiro que debía dar una charla para el club de la abuela en reconocimiento a lo que había hecho por él, pero a lo mejor se ofrecía él mismo si le daba alguna pista. No me apetecía nada, pero lo haría por la abuela.

—Se lo diré la próxima vez que se pase por el bar —le prometí.

—No sé, al menos podría entrevistarse conmigo y permitirme grabar sus palabras —dijo mi abuela. Percibía el revuelo de su mente al pensar qué gran golpe daría de conseguirlo—. Sería algo tan interesante para el resto de los miembros —añadió, muy pía.

Reprimí las ganas de reír.

—Yo se lo comento —le dije—, y ya veremos.

Cuando salí de casa, mi abuela ya estaba paladeando las mieles del éxito.

No se me había ocurrido ni por un momento que a Rene Lenier le fuera a dar por irle a Sam con el cuento de la pelea. Pero al parecer se aburría mucho. Esa tarde, cuando llegué a trabajar, asumí que el ambiente de agitación que se respiraba se debía al asesinato de Maudette. Me equivocaba.

Sam me arrastró hasta el almacén nada más llegar. Se puso como un energúmeno y me echó una bronca tremenda. Nunca lo había visto así conmigo y enseguida me entraron ganas de llorar.

—Y si piensas que un cliente corre peligro, me avisas y ya me encargo yo, no tú —tuvo que decírmelo por sexta vez para que por fin me diera cuenta de que había estado preocupado por mí. Ese pensamiento suyo se coló en mi mente, lo que me recordó que tenía que reforzar la guardia y concentrarme en no «oírle». «Escuchar» a tu jefe siempre acaba mal.

Jamás se me había ocurrido que pudiera pedirle ayuda a Sam, o a quien fuera.

—Y si crees que están atacando a alguien ahí fuera, lo siguiente que haces es llamar a la policía, y no lanzarte al ataque como si fueras de la patrulla ciudadana —añadió enrabiado. Tenía el tono de piel, por naturaleza ya rubicundo, más encendido que nunca; y el pelo tan alborotado que parecía que no se había peinado.

—Vale —dije, tratando de mantener la voz serena y los ojos muy abiertos para que no se me escapara ninguna lágrima—. ¿Vas a despedirme?

—¡No, no! —exclamó. Parecía aún más enfadado—. ¡No quiero perderte! —me cogió por los hombros y me

zarandeó con suavidad. Y luego se me quedó mirando con esos ojos grandes e increíblemente azules, y sentí una oleada de calor emanando de su cuerpo. El contacto físico complica gravemente mi tara. Hace que resulte inevitable «escuchar» a la persona que me está tocando. Lo miré a los ojos detenidamente, un largo instante. Luego volví en mí, y me aparté para evitar el contacto. Me giré y salí del almacén, asustada.

Me había enterado de un par de cosas bastante desconcertantes. A saber: Sam me deseaba y yo no era capaz de «oírle» con la misma claridad que al resto de la gente. En lugar de sus pensamientos, había sentido retazos de sus emociones. Se parecía más a observar los cambios de color en un anillo mágico —de esos que supuestamente muestran el estado de ánimo del portador— que a recibir un telegrama.

La cuestión es: ¿qué es lo que hice con toda esta información? Nada de nada.

Nunca antes había visto a Sam como un posible compañero de cama —por lo menos con el que yo me pudiera ir— por innumerables razones. La principal es que yo nunca había visto a nadie de esa manera. No es que no tenga hormonas —ya lo creo que las tengo— pero siempre las reprimo porque el sexo para mí es una desgracia. ¿Puede alguien imaginarse lo que significa saber todo lo que tu compañero de cama está pensando? Eso, cosas como: «Dios, mira qué verruga... Es un poco culona... Ojalá se moviera un poco a la derecha... ¿Por qué no capta la idea y...?». Ya me entendéis, ¿no? Es como un jarro de agua fría, en serio. Y mientras dura el contacto, es imposible mantener ningún tipo de barrera mental.

Otra de las razones es que Sam es un buen jefe y me gusta mi trabajo. Hace que salga de casa, me mantiene activa y además, gano algo de dinero. Así, no me convertiré en una ermitaña, como mi abuela se teme. Para mí resulta muy difícil trabajar en una oficina, y dejé de estudiar porque tenía que hacer tal esfuerzo por concentrarme que acababa totalmente agotada.

Así que, en ese momento, lo único que podía permitirme era meditar sobre la ola de deseo que había notado en Sam. No era como si me hubiera hecho una propuesta verbal o me hubiera tirado al suelo del almacén. Conocía sus sentimientos y podía elegir ignorarlos. Era todo muy sutil y me pregunté si Sam me había tocado a propósito, si de verdad sabía lo que yo era.

Tomé la precaución de no quedarme a solas con él, pero tengo que admitir que estaba muy agitada.

Las dos noches siguientes fueron mejores. Retomamos nuestra cómoda relación para mi gran alivio... y decepción. Había un jaleo tremendo a raíz del asesinato de Maudette. En Bon Temps corrían todo tipo de rumores y los servicios informativos de Shreveport prepararon un especial sobre las trágicas circunstancias de su muerte. Yo no fui al funeral, pero según mi abuela la iglesia estaba hasta arriba de gente. ¡Pobre Maudette! La gordita de muslos mordisqueados resultaba mucho más interesante muerta de lo que nunca había sido en vida.

Estaba a punto de librar dos días y me preocupaba no ver más al vampiro; a Bill. Tenía que transmitirle la petición de mi abuela y no había vuelto por el bar. Empezaba a preguntarme si lo haría alguna vez.

Mack y Denise tampoco habían vuelto por el Merlotte's, pero Rene Lenier y Hoyt Fortenberry se aseguraron de que estuviera al corriente de sus terribles amenazas. No se puede decir que me las tomara muy en serio. Los delincuentes de poca monta como los Ratas andaban siempre recorriendo el país de caravana en caravana, incapaces de asentarse en algún sitio para ganarse la vida honradamente. Nunca aportarían nada bueno al mundo ni tendrían la más mínima relevancia, a mi modo de ver. Pasé de las advertencias de Rene.

Desde luego, a él le encantaba el tema. Rene Lenier era menudo, como Sam; pero así como Sam era rubio y siempre estaba un poco colorado, Rene era moreno y tenía una indómita pelambreira negra salpicada de canas. Rene se pasaba a menudo por el bar para tomarse una cerveza y ver a Arlene, que —según le contaba encantado a todo el que estuviera en el bar— era su ex mujer favorita. Tenía tres. Hoyt Fortenberry pasaba mucho más desapercibido. Ni moreno, ni rubio; ni gordo ni flaco. Siempre parecía contento y dejaba buenas propinas. Y admiraba a mi hermano mucho más de lo que Jason se merecía, en mi opinión.

Estaba encantada de que ni Rene ni Hoyt estuvieran por allí la noche en que el vampiro regresó.

Se sentó en la misma mesa que la otra vez.

Ahora que de verdad lo tenía delante, estaba un poco cortada. Me di cuenta de que ya me había olvidado del brillo casi imperceptible de su piel, y de que había exagerado su estatura y la limpieza de líneas de su boca.

—¿Qué va a ser? —pregunté.

Levantó la mirada. También me había olvidado de lo profundos que eran sus ojos. No sonrió ni parpadeó, estaba

completamente inmóvil. Por segunda vez sentí su relajante silencio. En cuanto bajé la guardia, mi cara se distendió. Supongo que aquello era tan bueno como que te den un masaje.

—¿Qué eres? —me preguntó. Era la segunda vez que lo hacía.

—Soy camarera —le respondí, malinterpretándole a propósito de nuevo. Sentí cómo mi sonrisa volvía a su sitio; el lapso de paz había terminado.

—Vino tinto —pidió; y si estaba decepcionado no se lo noté en la voz.

—Por supuesto —dije—. La sangre sintética debería llegar mañana. Oye, ¿podría hablar luego contigo? Tengo que pedirte un favor.

—Desde luego. Estoy en deuda contigo —no parecía hacerle mucha gracia.

—¡No es para mí! —me estaba impacientando—. Es para mi abuela. Si estás despierto... Bueno seguro que lo estás... Cuando salga de trabajar a la una y media, ¿te importaría esperarme en la puerta de servicio, detrás del bar? —la señalé con la cabeza y la coleta me bailó sobre los hombros. Él siguió el movimiento de mi pelo con la mirada.

—Será todo un placer.

No sabía si estaba mostrando el tipo de cortesía que, según insistía mi abuela, se estilaba en tiempos pasados o si, sencillamente, se estaba burlando de mí.

Resistí la tentación de sacarle la lengua o hacerle una pedorreta. Di media vuelta y regresé a la barra. Cuando le llevé el vino, me dejó una propina del veinte por ciento. Poco después miré hacia su mesa, sólo para descubrir que había desaparecido. No sabía si mantendría su palabra.

Arlene y Dawn se marcharon antes de que yo hubiera terminado por la razón que fuera. Fundamentalmente, porque todos los servilleteros de mi zona estaban medio vacíos. Luego, saqué el bolso de la taquilla del despacho de Sam en que siempre lo guardo y me despedí de él. Le oía trastear en el servicio de caballeros, seguramente intentando arreglar una fuga de agua en el váter. Por último, yo pasé un momento por el de mujeres para atusarme un poco.

Al salir, me di cuenta de que Sam ya había apagado las farolas del aparcamiento, que estaba únicamente iluminado por las luces de emergencia del poste de alumbrado que había junto a su caravana. Para regocijo de Arlene y Dawn, Sam se había hecho un pequeño jardín a la entrada y lo había sembrado con boj. Se pasaban el día bromeando sobre lo bien cuidado que tenía el seto. A mí me parecía que quedaba muy bonito.

Como de costumbre, el camión de Sam estaba aparcado delante de su caravana y mi coche era el único que quedaba en el aparcamiento.

Miré a ambos lados. Ni rastro de Bill. Me sorprendió sentirme tan decepcionada. En el fondo, esperaba que él fuera cortés, aun cuando no lo hiciera de corazón; si es que tenía de eso.

Tal vez, pensé con una sonrisa, saltase desde un árbol o apareciera de golpe ante mí envuelto en una negra capa de forro rojo. Pero nada de eso ocurrió, así que me dirigí al coche.

Había estado esperando una sorpresa, pero no del tipo de la que recibí.

Mack Rattray saltó desde detrás del coche y en un solo movimiento se acercó lo suficiente para asestarme un golpe

en el mentón. Descargó con tanta fuerza que caí a plomo sobre el suelo. Dejé escapar un grito mientras caía, pero el aterrizaje me dejó sin aliento; y sin algo de piel. No podía gritar ni respirar, estaba completamente indefensa. Entonces vi a Denise balancear su pesada bota. Me encogí para protegerme y empecé a recibir un aluvión de patadas.

El dolor fue inmediato, agudo, despiadado. De modo instintivo, me cubrí la cara con los brazos, de manera que mi espalda y mis extremidades quedaron expuestas y se llevaron la peor parte.

Creo que al principio estaba convencida de que en algún momento dejarían de golpearme y escupirían unas cuantas amenazas e insultos antes de largarse. Recuerdo el momento exacto en que me di cuenta de que querían matarme.

Podía aguantar unos cuantos golpes sin inmutarme pero no iba a permitir que me mataran sin presentar batalla.

En cuanto vi una pierna acercarse me lancé a agarrarla y me aferré a ella con todas mis fuerzas. Intenté morder, para al menos dejarle una marca a alguno de ellos. No sabía ni de quien era la pierna que tenía en mis manos.

Justo entonces, se escuchó un gruñido a mi espalda. «Lo que me faltaba —pensé—. Se han traído un perro». El gruñido era claramente hostil. Si hubiese tenido algún modo de expresar mis emociones, se me habría puesto el pelo de punta.

Recibí una patada más en la espalda y entonces, la paliza terminó.

El último golpe había provocado algo terrible dentro de mí. Podía oír mi respiración, como un estertor. De mis pulmones parecía llegar una especie de borboteo extraño.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Mack Rattray, absolutamente aterrorizado.

Volví a escuchar el gruñido, aún más cerca, justo detrás de mí. Desde otro punto llegó algo así como un gemido. Denise se lamentaba, Mack estaba maldiciendo. Ella liberó su pierna de mi abrazo, que ya era muy débil. Mis brazos cayeron al suelo inertes; no me respondían. Aunque veía borroso, me di cuenta de que tenía el brazo roto. Sentía humedad en el rostro y tuve miedo de seguir evaluando los daños.

Mack comenzó a gritar, y luego Denise. Parecía haber mucha actividad a mi alrededor, pero era incapaz de moverme. Todo lo que alcanzaba a ver era mi brazo roto, mis maltrechas rodillas y la oscuridad que reinaba bajo mi coche.

Después de un rato, se hizo el silencio. El perro aullaba detrás de mí. Una fría nariz tocó mi oreja y una cálida lengua la chupó. Intenté alzar la mano para acariciar al animal que, sin duda, había salvado mi vida; pero no pude. Me escuché suspirar, el sonido parecía llegar de muy lejos.

Enfrentándome a los hechos, me dije:

—Me estoy muriendo —cada vez me parecía más real. El sonido de los sapos y los grillos se había extinguido por completo, así que mi débil voz se escuchó con claridad antes de perderse en la oscuridad. Con mucha extrañeza, poco después escuché dos voces.

Entonces, aparecieron ante mis ojos un par de rodillas cubiertas por unos vaqueros empapados en sangre. El vampiro Bill se inclinó para que pudiera verle la cara. Tenía sangre por todo el rostro y los colmillos, desplegados, brillaban contra su labio inferior. Intenté sonreírle pero algo no iba bien en mi cara.

—Te voy a coger —dijo Bill. Parecía muy sereno.

—Moriré si lo haces —susurré.

—Aún no —dijo después de evaluar mi estado detenidamente. Por raro que parezca, esto me hizo sentir mejor. «La cantidad de heridas que habrá visto a lo largo de su vida», me dije.

—Esto te va a doler —me avisó.

Era difícil imaginarse algo que no fuera a hacerlo.

Me pasó los brazos por debajo antes de que tuviera tiempo de pensarlo. Grité sin mucha fuerza.

—Rápido —dijo una voz apremiante.

—Vamos a escondernos en el bosque —dijo Bill, aupándome como si no pesara nada.

¿Iba a enterrarme allí atrás, donde nadie nos viera? ¿Justo cuando acababa de salvarme de los Ratas? Casi ni me importaba.

Experimenté un pequeño alivio cuando me tendió sobre un lecho de agujas de pino en la oscuridad del bosque. Veía la luz del aparcamiento a lo lejos. Me di cuenta de que me goteaba sangre por el pelo, me dolía el brazo y las profundas magulladuras me hacían agonizar; pero lo que más me asustaba era lo que no sentía.

No sentía las piernas.

Tenía el abdomen hinchado y pesado. La expresión «hemorragia interna» se me vino a la cabeza.

—Morirás a menos que hagas lo que voy a decirte —me dijo Bill.

—Lo siento, no quiero convertirme en vampira —le contesté con voz frágil y temblorosa.

—Eso no va a suceder —dijo con más suavidad—. Sanarás rápidamente. Tengo la cura, pero tienes que estar dispuesta a hacer lo que te diga.

—Pues date prisa —susurré—. Me voy —empezaba a desesperar.

En la recóndita parte de mi mente que aún recibía estímulos externos, se coló un quejido. Era de Bill, sonaba como si le hubiesen herido. Luego, sentí algo contra mi boca.

—Bebe —dijo.

Intenté sacar la lengua; lo logré. Bill estaba sangrando, apretando la herida para que el flujo de sangre llegara a mi boca desde su muñeca. Sentí arcadas, pero quería vivir. Meforcé a tragar y tragar de nuevo.

De pronto, la sangre comenzó a saber mejor, salada, la esencia de la vida. Con el brazo sano agarré la muñeca del vampiro y la presioné contra mi boca. Me encontraba mejor con cada trago. Tras un minuto, me venció el sueño.

Cuando desperté aún estaba tumbada en el suelo del bosque. Había alguien tendido junto a mí; era el vampiro. Podía ver su resplandor. Su lengua se movía por mi cabeza; estaba lamiendo una herida. Difícilmente podía reprochárselo.

—¿Mi sabor es distinto al de otra gente? —pregunté.

—Sí —dijo con voz profunda—. ¿Qué eres?

Era la tercera vez que me lo preguntaba. Mi abuela siempre decía que a la tercera va la vencida.

—Eh, no estoy muerta —dije. De pronto recordé que había estado segura de ir a pasar a mejor vida. Meneé el brazo que había estado roto. Tenía poca fuerza pero ya no colgaba inerte. Podía sentir las piernas y también las moví. Probé a inspirar y espirar y descubrí, encantada, que sólo sentía un dolor leve. Intenté incorporarme; tuve que esforzarme, pero lo conseguí. Era como mi primer día sin fiebre tras la neumonía que tuve de niña: me encontraba débil

pero dichosa. Era consciente de que había sobrevivido a algo terrible.

Antes de que pudiera enderezarme del todo, el vampiro me rodeó con sus brazos y me acercó a él. Luego, se apoyó contra un árbol. Me sentí muy cómoda sentada sobre su regazo y con la cabeza sobre su pecho.

—Lo que soy es telépata —le dije—. Puedo escuchar los pensamientos de la gente.

—¿Los míos también? —preguntó con algo de curiosidad.

—No, por eso me gustas tanto —contesté, flotando en un rosado mar de bienestar. No me apetecía estar camuflando mis sentimientos.

Rio y sentí que su pecho retumbaba. La risa sonaba algo oxidada.

—No te «oigo» nada de nada —continué, embelesada—. No tienes ni idea de la paz que supone, después de toda una vida de bla, bla, bla, no escuchar... nada.

—¿Cómo te las arreglas para salir con chicos? Supongo que los chicos de tu edad sólo pensarán en cómo llevarte a la cama.

—No me las arreglo de ninguna manera. Y, francamente, sólo piensan en eso a cualquier edad. No salgo con chicos. Todo el mundo piensa que estoy loca porque no puedo decirles la verdad: que lo que me trastorna son todos esos pensamientos de sus cabezas. Tuve unas cuantas citas con chicos que no me conocían cuando empecé a trabajar en el bar, pero siempre pasaba lo mismo. Es imposible sentirte a gusto con un chico o «ponerte a punto» cuando sabes que está preguntándose si te tiñes el pelo, o pensando que no le gusta tu culo, o imaginándose cómo son tus tetas.

De repente me di cuenta de lo mucho que estaba revelándole a esa criatura sobre mí y me puse en alerta.

—Discúlpame —le dije—. No quería agobiarte con mis problemas. Gracias por salvarme de los Ratas.

—Si te han atacado es por mi culpa —respondió. Se podía adivinar la ira bajo la serena apariencia de su voz—. Si hubiera tenido la decencia de llegar a tiempo, nada de esto habría sucedido. Así que te debía algo de mi propia sangre, te debía la cura.

—¿Están muertos? —para mi vergüenza, mi voz resultó chillona.

—Desde luego.

Tragué saliva. No podía lamentar que el mundo se viera libre del azote de los Ratas, pero debía enfrentarme a la realidad: estaba sentada sobre el regazo de un asesino. Sin embargo, estaba encantada de estar allí, entre sus brazos.

—Debería estar preocupada, pero no lo estoy —dije sin pensar. Sentí esa risa oxidada de nuevo.

—Sookie, ¿qué querías decirme esta noche?

Tuve que hacer un esfuerzo para recordar. Aunque estaba milagrosamente repuesta de la paliza, mi mente seguía un poco nublada.

—Mi abuela tiene muchas ganas de saber cuántos años tienes —dije, vacilante. No sabía hasta qué punto era personal esa pregunta para un vampiro. Aquél en cuestión me acariciaba la espalda como si tratara de calmar a un gatito.

—Me convirtieron en vampiro en 1870, cuando tenía treinta años de edad —lo miré. Su resplandeciente rostro no daba muestras de emoción, sus ojos eran pozos de oscuridad en la negrura del bosque.

—¿Combatiste en la Guerra?

—Sí.

—Tengo la impresión de que te vas a enfadar. Pero mi abuela y su club estarían tan contentos si pudieras contarles algo sobre la Guerra; sobre cómo fue en realidad.

—¿Su club?

—Pertenece a los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

—Muertos Gloriosos —la voz del vampiro carecía de expresión pero parecía claro que no le gustaba mucho la idea.

—Oye, no es necesario que les hables del hambre, las infecciones y los gusanos —le dije—. Ya tienen su propia idea de la Guerra y, aunque no son estúpidos, han vivido otras guerras, están más interesados en saber cómo vivía la gente entonces; en que les hables de los uniformes y los movimientos de tropas.

—Cosas agradables.

—Eso —dije, respirando profundamente.

—¿Te haría feliz si lo hago?

—¿Qué más da eso? Haría feliz a mi abuela y, ya que estás viviendo en Bon Temps, sería un buen empujón para tus relaciones públicas.

—¿Te haría feliz a ti?

No era un tipo fácil de evadir.

—Vale, sí.

—Entonces lo haré.

—La abuela te pide que, por favor, comas antes de ir. De nuevo escuché su risa, esta vez aún más profunda.

—Ahora sí que tengo ganas de conocerla. ¿Puedo pasarte a ver alguna noche?

—Ah, claro. Mañana por la noche acabo el turno, y luego tengo dos días libres, así que el jueves estaría bien —alcé el brazo para ver la hora. El reloj funcionaba pero estaba cubierto de sangre seca—. ¡Qué asco! —dije, chupándome el dedo para limpiar la esfera. Apreté el botón que iluminaba las manecillas y me sorprendí al ver la hora.

—¡Dios mío! Me tengo que ir a casa. Espero que la abuela se haya quedado dormida.

—Debe de estar preocupada. Es muy tarde para que estés fuera de casa tú sola —comentó Bill. Había un tono de reproche en sus palabras. ¿Estaría pensando en Maudette? Durante un breve espacio de tiempo me sentí intranquila; me preguntaba si Bill la había conocido, si ella lo habría invitado a su casa. Pero deseché la idea porque estaba empeñada en no detenerme en la escabrosa naturaleza de los hechos que concernían a la vida y muerte de Maudette. No quería que algo tan horrible arrojase ninguna sombra sobre mi trocito de felicidad.

—Es parte de mi trabajo —dije, secamente—. No se puede remediar. De todos modos, no siempre cubro el turno de noche; aunque cuando puedo, lo hago.

—¿Por qué? —el vampiro me ayudó a ponerme en pie y después se levantó con gran agilidad.

—Las propinas son mejores, hay más trabajo. No tengo tiempo de pensar.

—Pero la noche es más peligrosa —dijo con desaprobación. Él debía de saberlo bien.

—Bueno, ahora pareces mi abuela —le reprendí con suavidad. Casi habíamos alcanzado el aparcamiento.

—Soy mayor que tu abuela —me recordó. Eso puso punto final a la conversación.

Una vez que salí del bosque, me quedé mirando. El aparcamiento estaba tranquilo y en orden, como si allí no hubiese ocurrido nada; como si no me hubiesen dado una paliza de muerte hacía escasamente una hora; como si los Ratas no hubiesen encontrado su sangriento final sobre aquel trozo de grava.

Las luces del bar y de la caravana de Sam estaban apagadas.

La grava del suelo estaba húmeda, pero no había rastro de sangre.

Mi bolso estaba sobre el capó del coche.

—¿Y el perro? —pregunté.

Me giré para mirar a mi salvador, pero ya no estaba.